

El misterio, si existe, se intuye con facilidad. No obstante, el desarrollo está llevado con tal maestría, con tan fina minuciosidad, que las últimas escenas adquieren una verdadera tensión dramática.

El teatro de Enrique Molleto, apto para ser leído, tiene, al mismo tiempo, calidad suficiente para ser representado. Los dos bocetos anotados son susceptibles de convertirse en obras de duración normal. Entonces, tendremos la idea exacta de su capacidad dramática.

*El telescopio* es una obra cifrada. Todo en ella es alusivo, nebuloso, con frecuencia. La presentación de la obra invita a lo desconocido. En las acotaciones se insinúa una calle adyacente a la estación de Varsovia. Los edificios son pobres y oscuros. El fondo de la calle está cerrado por un alto murallón de ladrillos ennegrecidos. Es la época de 1956, año de la última devolución de prisioneros de guerra. El protagonista es un soldado que esperó largos años la hora de su libertad. Quiere reintegrarse a su pueblo, en donde tuvo mujer e ilusiones. Pero todo ha sido borrado por el tiempo.

Quizás la idea medular de la obra nos la dice Enrique Molleto por boca de un personaje: "Es difícil reintegrarse a un mundo que ha ido tan lejos con su ciencia. Solamente el hombre sostenido por una fe distinta, podrá resistir el progreso cuando éste rebase su propia naturaleza."

El autor hunde sus vivencias en la realidad. Ahonda en la verdad humana y sitúa en los escenarios del vivir a seres humanos de carne y hueso, sin retóricas, sin farandolas preciosistas.

Su obra se orienta con paso firme por las sendas de la dignidad estética.

V. M.

\*

*Enjambre*, por Efraín Barquero.

Edit. Zig-Zag. Santiago, 1960

*Enjambre*, libro de poemas, obtuvo el Premio Gabriela Mistral, de 1958. Se publica ahora, después de un largo reposo de meses.

Tres modalidades muy distintas presentan estos poemas. Los reunidos bajo el signo de "estirpe" rezuman de realidades y de sabores cam-

pesinos. Son la cristalización nostálgica de los recuerdos. Representan las vivencias, casi olvidadas, que se hacen presentes en un momento crucial de la existencia.

El poeta revive la vibración de unos paisajes, en donde hubo lluvias, mieles, tallos de cardo y soles dormidos en lo alto de los cielos. Las imágenes, recreadas por la distancia y en función del tiempo, tienen la autenticidad de lo vivido. La tristeza no se convierte en venero lacrimoso, sino más bien, tiene un equilibrio poco frecuente en libros de evocación, volcados, ineludiblemente, sobre los recuerdos ya desvanecidos o inventados.

El lenguaje es sencillo, de fácil curso. Tiene una encantadora desnudez, no obstante la adjetivación, muchas veces imprescindible. Un total equilibrio estético existe en estos poemas que inician la andadura de *Enjambre*.

La nostalgia, fácil disparadero de subjetivismos, está centrada en una serie de imágenes, en un revolar de aromas. Veamos una estrofa de su composición, titulada *Piel de hoja*. Escribe el poeta: "Y miro entonces el cielo desvelado. / Y lo siento cerca, familiar y mío. / Y casi puedo olerlo y tocarlo con mis manos, / como si hubiera ascendido de la tierra / y palpitara, / reciente enredadera".

La segunda parte, *Miel de Azahar*, está constituida por una serie de poemas en prosa. El ritmo interno les confiere calidad poética. El lenguaje se hace más prosaico. De vez en cuando, una rica llamarada metafórica nos hace pensar en la voz auténtica de un poeta. He aquí algunas de esas concreciones metafóricas, que, aun desligadas del poema en prosa, tienen sentido poético: "La tarde marina es un rompecabezas de color, tremendamente tierno, para nuestras rodillas de niños demasiado crecidos."

Y en torno al sortilegio de la lluvia, Efraín Barquero ha dicho: "La voz antigua de la lluvia, en lugar de extraviarnos en sus bosques misteriosos o en sus andenes solitarios, nos acerca a lo que fuimos, nos sienta ante el fogón de las sombras fugitivas, nos hace niños otra vez, nos empuja oscuramente a las raíces de la tierra."

Termina el libro con una *Canción a la Ciudad*. Los poemas aquí reunidos, culminación de los iniciales temas de *Enjambre* son más cerebrales, más trabajados, menos espontáneos.

Cierta oscuridad les confiere un halo de misterio. Estamos frente al misterioso laborar de las musas.

Anotemos una estrofa de inspiración pluvial, en torno a esa lluvia que azota los árboles y que se cuela hasta las entrañas terrícolas, quizás para sorprender el misterio de los subterráneos laboratorios, en donde se gestan las maravillas del mundo vegetal:

“Trencé su cabellera entre nosotros,  
anudando el hijo en las entrañas secas.  
Manché la piel de los cachorros esperados,  
alargué las manos y pinté las cerezas.”

Con su reciente libro, Efraín Barquero se afinca en la tierra de los poetas, cuya voz desciende desde las verdaderas entrañas del canto. Se opone, así, a quienes piensan la poesía desde las zonas de la inútil verborrea.

Su poesía, rural y ciudadana, elemental y trascendente, no sigue los rumbos de otros poetas nacionales. Aunque la rima esté ausente, una música interior, un ritmo sutil les da un halo de gracia poética. Quizás fuera interesante evocar la figura del poeta francés Paul Claudel, creador de un ritmo nuevo, fundado en los procesos de la respiración humana. Pero este recuerdo no supone una posibilidad de completa identificación.

*Vicente Mengod.*

\*

*Mientras Amanece, por Eugenio Matus.*

Editorial Alfa, Santiago, 1960

Hay en la literatura confesional de algunos escritores jóvenes, un marcado tono de desencanto, de tristeza. La vida resulta incomprensible, llena de injusticias, mortificaciones, de absurdos. El muchacho capta en los demás, y hasta en sí mismo, un accionar, un modo de desenvolverse que no corresponde al propio esquema idealizado que ha concebido acerca de las cosas y de los hombres. Llega un momento en que todo pierde significación y es capaz de exclamar: “Nada me importa ni nada me interesa” (“El Huésped”). Se sume en una oscura desilusión integral y lucha entre abandonarse a la resignación, o irrumpir irra-